



SILENCIOS Y METÁFORAS EN LOS IMAGINARIOS DURANTE LA DICTADURA

SILENCES AND METAPHORS IN THE IMAGINARY DURING THE DICTATORSHIP

María Marta Passaro

martapassaro@yahoo.com.ar

<http://orcid.org/0000-0002-0191-0984>

Centro de Estudios en Historia | Comunicación | Periodismo | Medios (CEHICOPEME)

Facultad de Periodismo y Comunicación Social

Universidad Nacional de La Plata

Argentina

RESUMEN

En el artículo se analizan las representaciones discursivas de los diarios La Prensa y The Buenos Aires Herald sobre la Iglesia Católica, entre 1976 y 1983. Al no haber sido «socios» del Estado en la empresa Papel Prensa S.A., los matutinos cuestionaron algunas acciones de la última Dictadura cívico militar argentina, al tiempo que legitimaron otras, como el mismo Golpe de Estado. En relación con la Iglesia, ambos medios reforzaron la construcción del sentido impuesto desde el discurso oficial y desde el sector eclesiástico conservador: la idea de una opinión pública opuesta a todas las formas de compromiso con los sectores populares, instalada a partir del tercer mundismo, y el argumento de la existencia de una «guerra sucia» como clave interpretativa de la época.

PALABRAS CLAVE

Dictadura, socios,
Iglesia, metáforas

ABSTRACT

In the article there are analyzed the discursive representations of the newspapers La Prensa y The Buenos Aires Herald on the Catholic Church, between 1976 and 1983. On not having had been «partners» of the State in the company Papel Prensa S.A., the media questioned some actions concretized by the Argentina civil-military Dictatorship, at the time that they legitimized others, as the same Coup d'état. In relation with the Church, both media reinforced the construction of the sense imposed from the official speech and from the ecclesiastic conservative sector: the idea of a public opinion opposite to all the forms of commitment with the popular sectors, installed from the third mundismo, and the argument of the existence of a «dirty war» as an interpretive key that time.

KEYWORDS

Dictatorship, partners,
Church, metaphor

RECIBIDO

03 | 02 | 2016

ACEPTADO

08 | 05 | 2016

SILENCIOS Y METÁFORAS EN LOS IMAGINARIOS DURANTE LA DICTADURA

EL DISCURSO EDITORIAL DE LOS DIARIOS «NO SOCIOS» SOBRE LA IGLESIA

Por María Marta Passaro

La connivencia de la Iglesia católica con la última Dictadura cívico militar argentina (1976-1983) quedó evidenciada mediante el pedido de perdón efectuado por la Conferencia Episcopal Argentina en la Carta al Pueblo de Dios, titulada «La fe en Jesucristo nos mueve a la verdad, la justicia y la paz» (9/11/2012), luego de años de silenciar una autocrítica más que necesaria.

Como muchos actores contemporáneos del gran drama argentino desatado en la década del setenta, la Iglesia católica, representada en las expresiones del Episcopado, fue cómplice del «régimen del terror» a través del apoyo, la justificación, la tolerancia, la omisión intencional e, inclusive, la participación activa de numerosos de sus miembros en el dispositivo represivo; sin desconocer las excepciones que representaron algunos valientes hombres y mujeres del clero regular y secular. Así y todo, el Episcopado debió acomodarse a las vicisitudes transitadas por el «Proceso», lo que le permite a varios autores identificar etapas en la relación Iglesia-Dictadura.

En nuestro caso, estudiaremos las representaciones discursivas sobre este actor que, entre 1976 y 1983, circularon en los editoriales de dos reconocidos matutinos, *La Prensa* y *The Buenos Aires Herald*, considerando su contexto de producción: la Dictadura cívico militar y la condición de estos medios de «no socios» del Estado en la empresa Papel Prensa S.A.,¹ además de involucrar la historia y el perfil de cada medio, configuradores de las estrategias informativas que «constituyen la identidad de un diario» (Fontcuberta & Borrat, 2006: 58).

Hacemos hincapié en el carácter de «no socios» ya que, si bien legitimaron el Golpe cívico militar del 24 de marzo de 1976 y los objetivos postulados por el «Proceso», desde 1979 asumieron un posicionamiento crítico frente a diversos aspectos del régimen. El *Herald* tempranamente dio visibilidad al reclamo de los familiares de los desaparecidos y de los organismos de Derechos Humanos (DD.HH.) y lo mantuvo en su agenda hasta 1983 (Díaz, Passaro & Giménez, 2012). *La Prensa*, por su parte, cuestionó las políticas económicas, la vigencia del Estado de sitio y las medidas «antirepublicanas», defraudada porque el régimen no hubiera cumplido con su expectativa de «desperonizar» al país. Este abanico de opiniones es lo que permite incluir a ambos diarios dentro de lo que calificamos como «periodismo pendular» (Díaz, 2010). Contrariamente, identificamos a los medios que actuaron como cómplices –*La Nación*, *La Razón* y *Clarín*– como integrantes del «periodismo hermesiano» (Díaz, 2011), en contraste a los que asumieron o un rol opositor o alguna forma de resistencia.

IGLESIA Y DICTADURA

El Golpe cívico militar concretado en la Argentina el 24 de marzo de 1976 contó con el consenso de las autoridades eclesiásticas, en virtud de su coincidencia con el proyecto político y económico de finalizar con la radicalización social y política de entonces. Sin embargo, la complejidad propia de ese período no elude a este actor social y político, tal como postula Martín Obregón:

La Iglesia católica bajo el Proceso, lejos de constituir un bloque homogéneo y monolítico, estuvo atravesada por fuertes debates internos vinculados a diferentes concepciones teológicas y pastorales, como así también a diversos posicionamientos frente al gobierno militar (Obregón, 2007: 1).

Desde esas dos instancias –la interna y la externa–, el mismo historiador reconoce, en la etapa estudiada, tres corrientes intraclericales a partir de su posicionamiento ideológico: *la tradicionalista*, de fuerte matriz tomista, se resistía a poner en práctica las propuestas del Concilio Vaticano II; *la conservadora*, sector mayoritario y heterogéneo en su composición, aceptaba la necesidad de cambios pero de forma gradual y paulatina; y *la renovadora*, alineada con la posición posconciliar, aunque el diferente nivel de compromiso de sus miembros también permitía distinguir dentro de ella una facción más moderada y otra más progresista (Obregón, 2005).

En simultáneo, el historiador identifica tres etapas en las relaciones establecidas con el «Proceso».²

1976-1978. La defensiva conservadora. Ante la crisis padecida, la institución adoptó gran coherencia interna, y primaron bases claramente conservadoras para disciplinar a los que se habían sumado a las propuestas de Medellín y del Concilio Vaticano II. Se impuso la ortodoxia doctrinaria, y se unificaron y se supervisaron estrictamente los aspectos litúrgicos y pastorales. En relación con la Dictadura, apoyó los lineamientos del régimen militar aunque se suscitaban conflictos ante la feroz metodología represiva, que alcanzaba también a los sectores progresistas de la Iglesia, y ante la intervención oficial en la ortodoxia doctrinaria (allanamiento de instituciones educativas, expulsión de docentes, etc). Frente al tema de los DD.HH., para no resquebrajar la pretensión de unidad intra institucional, se expresaba de manera ambigua a través de documentos episcopales.

1979-1981. Nuevo proyecto hegemónico. Marcada por la elección del Papa Juan Pablo II, en esta etapa se llevó adelante el «aggiornamento socialcristiano», cuyas bases quedaron explicitadas para América Latina en Puebla. En consecuencia, la Iglesia debió redefinir sus relaciones con la Dictadura que se oponía a los ejes centrales del documento: la condena a todo tipo de totalitarismo, la denuncia explícita de la doctrina de la seguridad nacional y de la injusticia social, la defensa irrestricta de los derechos humanos y los de los trabajadores. Comenzó a producirse, así, un alejamiento del «Proceso» (que atravesaba una grave crisis por el fracaso del plan económico, del conflicto con Chile por el Beagle y de las disputas intraarmas surgidas al calor del terrorismo de Estado), al tiempo que recomponía relaciones con otros sectores de la sociedad civil. En 1979, la oposición de la Iglesia a la sanción de la Ley de Asociaciones Profesionales marcó una distancia con el régimen y un acercamiento con el sindicalismo peronista. Sin embargo,

a pesar de este distanciamiento, las relaciones entre el gobierno militar y la jerarquía católica continuaron siendo buenas en términos generales, y el episcopado persistió en su negativa de adoptar una posición más crítica con respecto al régimen militar, aún en contra de las presiones que desde el Vaticano le llegaban en tal sentido (Obregón, 2005: 13).

1982-1983. La transición a la democracia. El episcopado, al igual que una parte abrumadora de la sociedad, apoyó la recuperación de las Islas Malvinas, bajo el lema «Paz con justicia». En esta etapa, la jerarquía estaba interesada en que se concretara una transición ordenada y que las Fuerzas Armadas se retirasen del poder de la mejor forma posible. En abril del 1983, los militares aprobaron la Ley de Autoamnistía.³ En tanto, el aval que la comisión ejecutiva del episcopado, integrada por los cardenales Juan Carlos Aramburu y Raúl Primatesta y por monseñor Jorge López, brindara al «Documento Final» no se explicitó públicamente ante el masivo rechazo de la sociedad ante tamaña cobardía.

EL MARCO TEÓRICO

El análisis del posicionamiento editorial de los «no socios» parte de nuestra consideración de que los periódicos son «actores políticos» cuyos objetivos son lucrar e influir (Borrat, 1989: 10), y por ende, sus discursos mediáticos son expresiones de poder simbólico que poseen «la capacidad de intervenir en el transcurso de los acontecimientos para influir en las acciones de los otros y crear acontecimientos reales, a través de los medios de producción y de transmisión de formas simbólicas» (Thompson, 1998: 35).

El tratamiento de un miembro significativo de la sociedad civil en esa etapa, como es la Iglesia, se analizará a partir de la teoría de «la espiral de silencio» de Elisabeth Noelle-Neumann (1998) quien, en primera instancia, define a la opinión pública como «las opiniones y los modos de comportarse que pueden expresarse y exhibirse en público sin arriesgarse al aislamiento» (Noelle-Neumann en Ferry, 1993: 13).

[es] la que puede ser expresada en público sin riesgo de sanciones, y en la cual puede fundarse la acción llevada adelante en público. [...] que impone una postura y una conducta de sumisión, a la vez que amenaza con el aislamiento al individuo rebelde y al político, con una pérdida del apoyo popular. Por esto, el papel activo de un proceso de formación de la opinión queda reservado para cualquiera que pueda resistir la amenaza del aislamiento (Noelle-Neumann, 1998: 201).

La autora advierte, además, que esa posición dominante consigue cada vez más partidarios, mientras que, por el contrario, quienes piensan que sus opiniones son minoritarias guardan silencio, como ocurrió durante la Dictadura.⁴

[...] se hacen más cautelosos y se quedan callados, especialmente en situaciones difíciles en las que no están familiarizados con lo que piensan los demás, esto es, cuando se encuentran entre un público anónimo. Y el hecho de que un grupo exprese sus opiniones con seguridad y el otro permanezca en silencio, influye sobre la forma en que esta situación se presenta al público. El primero de los grupos aparenta tener más partidarios de los que realmente tiene, mientras que el otro da la sensación de tener menos de los que en verdad le corresponden (Noelle-Neumann en Ferry, 1993: 13).

Sin embargo, si surge un conjunto que disiente de esa opinión dominante y resiste el aislamiento esa actitud comienza a resquebrajar el poder que parece tener la opinión hegemónica. En el caso analizado, entendemos que los organismos de DD.HH., en particular el reclamo de familiares de desaparecidos y de organismos de DD.HH., rompió con esa opinión monolítica oficial instalada y reforzada, entre otros discursos, por el de los medios. De hecho, la llegada de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH), en 1979, visibilizó al tema negado hasta ese momento por el discurso oficial y por el de la mayoría de los medios. Por supuesto, la construcción de esa noticia estuvo condicionada por sus ideologías y por sus intereses.

Por otra parte, apelamos a George Lakoff y a Mark Johnson para pensar en las metáforas de la vida cotidiana, entendiendo que ellas impregnan «no sólo el lenguaje, sino

también el pensamiento y la acción» (2001: 39). Los conceptos estructuran lo que percibimos, cómo vemos el mundo y cómo nos relacionamos con los otros; por lo cual, si nuestro sistema conceptual es en gran medida metafórico es importante analizar «las metáforas que estructuran la manera en la que percibimos, pensamos y actuamos» (2001: 39). Su presencia en los relatos periodísticos es más que significativa, ya que ellos construyen una forma de mirar el mundo.

Como una primera aproximación al abordaje de esta problemática, proponemos pensar que, si a esta condición previamente advertida le sumamos los cambios operados en las posiciones editoriales de los medios, analizados en virtud de las vicisitudes sufridas por el mismo «Proceso» y del juego de relaciones que estableció con otros actores sociales –inclusive, los medios y la Iglesia–, podemos cotejar que el posicionamiento de los diarios tuvo correlato con los momentos identificados en el vínculo Iglesia-Dictadura. Por lo pronto, podemos adelantar que, independientemente de las etapas antes mencionadas, se vislumbran posiciones editoriales que se encuentran y se desencuentran con el desgaste del régimen, particularmente, en las etapas de crisis y de agotamiento.

Por último, deseamos advertir que la Iglesia no fue de los actores más jerarquizados en la sección editorial, pudiendo contabilizarse alrededor de una veintena de editoriales publicados tanto por el *Herald* como por *La Prensa* entre 1976 y 1983.

LOS MEDIOS FRENTE A LA «INFILTRACIÓN SUBVERSIVA» EN LA IGLESIA

Entre 1976 y 1978, las agendas de los «no socios» jerarquizaron algunas situaciones referidas a la instancia de superación de la crisis interna que atravesaba la institución católica. Dos problemas fueron incluidos en ambos discursos editoriales: las denuncias y los operativos efectuados en instituciones educativas católicas y el uso de la Biblia Latinoamericana, conflictos que devinieron en las discusiones acerca de la infiltración de ideas tercermundistas en la Iglesia argentina. En esta etapa, ambos legitimaron la corriente conservadora. *La Prensa* elidió de sus columnas editoriales la persecución y la desaparición de sacerdotes, de catequistas y de jóvenes militantes de las organizaciones parroquiales comprometidas con la pastoral social desarrollada a partir del Concilio Vaticano II y de la Conferencia Episcopal Latinoamericana de Medellín. El *Herald*, si bien incluyó reflexiones referidas a la persecución militar de posiciones

progresistas, estas resultan cuantitativamente poco significativas en relación con otras denuncias de igual carácter efectuadas por el medio. La construcción de sentido de los medios reforzaba, pues, el imaginario de una opinión pública mayoritaria que «ignoraba» los secuestros y las desapariciones en el ámbito eclesiástico.

No resulta llamativo, en consecuencia, el silencio editorial de *La Prensa* frente a la Masacre de los Palotinos,⁵ no obstante el gran impacto que causó entonces. No fue el caso del *Herald*, que registró en sus editoriales el terrible suceso, expresado a través de un discurso patológico y jurídico,⁶ frecuente en los enunciados referidos a la violencia política ya desde 1974. Robert Cox, su director, reconocía el accionar de grupos terroristas además de otros de derecha, a los que luego denominaría «el otro terrorismo», aludiendo a las políticas represivas del Estado:

¿Quién puede intentar descubrir la motivación tras el salvaje asesinato de tres sacerdotes y de dos seminaristas ayer en la Iglesia de San Patricio, sin que se vea de pronto ante un cuadro demencial? ¿Otro asesinato político? Tiene todo el aspecto de serlo, incluyendo los mensajes obscenos dejados por los asesinos. Pero ¿qué extremismo político, por obsceno que sea, puede beneficiarse del asesinato de cinco religiosos, que disfrutaban del cariño de la comunidad a quien servían? De modo que, al menos en un sentido, ya no es importante saber si el horripilante asesinato fue obra de terroristas de izquierda o de derecha (TBH, 5/7/76).

Al mes siguiente, retomaba el caso en el editorial «Muertes por venganza», en el que advertía que «la venganza no es justicia» y que la cadena de una serie de terribles sucesos⁷ acaecidos en el país daban la impresión en el exterior de que «una guerra civil subterránea» asolaba a la Argentina, siendo el de los palotinos el punto culminante de violencia. Sin vacilación, indicaba la imposibilidad de atribuir la responsabilidad «solamente a grupos dementes o irracionales», pues entonces

se hizo cada vez más claro para toda persona que se rige por la ley en la Argentina –a no ser que esté cegada por el prejuicio– que algún insensato monstruo de Frankenstein se ha enloquecido. A partir de allí ya no fue posible echarle a los delincuentes la culpa de todo asesinato de gente inocente⁸ (TBH, 21/8/76).

La metáfora era clara: de las mismas fuerzas represivas que luchaban contra el terrorismo surgieron «las patotas» responsables de estos crímenes, ya que para Cox existían grupos intrafuerzas que intentaban perjudicar al General Rafael Videla (primer Presidente de la Dictadura), al que consideraba, ingenuamente, al margen de estas acciones. Recordemos que el diario entendía que dentro de las Fuerzas Armadas existía una línea dura (Massera y Suarez Mason) y otra blanda (Videla y Viola), y que en su afán por fortalecer la figura del Presidente de facto incluía en la agenda editorial la denuncia de asesinatos, de desapariciones, de secuestros, etc. para que quedaran en evidencia «los otros». Luego de su exilio, en 1979, Cox (2002, 2010) cambiaría su opinión al respecto.

La escalada persecutoria contra instituciones educativas católicas y contra órdenes religiosas fue muy intensa, aunque acotado su registro editorial. Uno de los casos más resonantes lo constituyó la detención de sacerdotes del colegio San Miguel de los Misioneros de la Inmaculada Concepción de Lourdes,⁹ mediante un despliegue militar descomunal, a raíz de denuncias recibidas de ser «simpatizantes de doctrinas disociadoras de izquierda», eufemismo para aludir a Montoneros. Luego del operativo, los militares aseguraron haber hallado «panfletos incitando a la subversión». Los clérigos involucrados explicaron que habían sido impresos por alumnos sin su conocimiento (Verbitsky, 2010: 80-81).

El *Herald* cuestionó severamente el accionar de las Fuerzas Armadas:

Los clérigos del Colegio San Miguel la semana pasada contestaron los cargos en su contra, luego de un difamante ataque contra ellos por una persona que falsamente pretendió hacerse pasar por el presidente de la Asociación de Padres de la escuela [...]. Tuvieron que sufrir la indignidad del allanamiento de su escuela por las fuerzas de seguridad, fueron acusados por un periódico de «envenenar las mentes de los jóvenes» y cuatro de ellos (incluyendo un clérigo de la parroquia) fueron arrestados. Dos de los clérigos ya han sido liberados y se informa que los otros dos serán puestos en libertad dentro de poco (TBH, 28/12/76).

Los rumores se amplificaban ante el proceso de desinformación en el espacio público y los medios colaboraban en esa construcción. Además, la prensa refería a las falsas denuncias que motivaban las persecuciones, naturalizando esa situación en la opinión pública. Si bien el accionar de las patotas en el colegio de San Miguel también fue cuestionado desde la agenda editorial de *La Prensa*, el medio contribuyó a amplificar las versiones y los rumores acerca de las «irregularidades» ocurridas en el establecimiento.

Hace algunos meses, padres de alumnos que concurren a dicho establecimiento mostraron inquietud y sospechas por algunos hechos irregulares, que calificaron de infiltración subversiva. Pero no se trata de un caso aislado, pues otros similares se habrían producido en un colegio de niñas en San Martín de Tours, apoyado catequísticamente por padres asuncionistas, en una escuela de la calle Guise, en otra de la calle Talcahuano y en un colegio de Hurlingham.

Según informaciones no corroboradas, debido a la reserva que se guarda sobre el particular, en esos locales se confeccionaría propaganda ideológica, se insuflarían ideas contrarias al sentimiento republicano y, eventualmente, se refugiaría a elementos subversivos en los establecimientos o en su vecindad (LP, 4/12/76).

El discurso editorial sobre estos infaustos sucesos era similar en algunos aspectos. Para el *Herald*, ya en mayo de 1977 era evidente que la escalada represiva se ejecutaba contra toda la sociedad civil, y encontraba explicación en la búsqueda responsable por parte de las «fuerzas descarriadas» para justificar la actividad de subversivos comunistas.¹⁰ El editorialista denunciaba que víctimas de ella eran el periodismo (Díaz, 2010)¹¹ y algunos miembros de la Iglesia:

¿Quién es responsable de la profunda infiltración marxista en la Argentina? Varios han sido los chivos expiatorios que han desfilado. Durante cierto tiempo, algunas personas parecieron imaginar (tal era el grado de aberración mental provocado por la ansiedad y la inseguridad) que la culpable era la Iglesia. Se arrestaron sacerdotes (algunos con motivo, ya que algunos clérigos estaban involucrados) o desaparecieron (pero nunca hubo justificación alguna para este hecho) y algunos fueron asesinados (atrocidades que permanecen en la conciencia del país para siempre) (TBH, 20/5/77).

Nótese que, a pesar del discurso incriminatorio, Cox efectúa la salvedad de que «algunos estaban involucrados», insinuando una posible relación con las organizaciones armadas, posición que abonó la teoría de los dos demonios que se instalaría en los ochenta y que le valdría el rechazo de algunos miembros de organismos de DD.HH.¹²

En el mismo sentido, con su particular mirada analítica, Cox reconocía que se había producido la infiltración de la izquierda en la Iglesia como resultado de su involucramiento en el contexto desde la política. Similares conceptos vertía *La Prensa*, aunque ofreciendo menos reparos en relación con los cuestionamientos de su colega, ya que fiel a su ideología liberal oligárquica condenaba el impacto del movimiento «tercermundista» en el ámbito eclesiástico, considerándolo funesto.

[...] sus inspiraciones son desconocidas pero realizan movimientos disolventes en las más diversas partes del mundo. Muchos de ellos han sido reconocidos como comunistas y privados de libertad; otros han desertado de su función meramente religiosa y algunos fueron expulsados de sus órdenes. En América Latina han tenido actuación subversiva conocida, y el espíritu cristiano no puede comprender cómo quiénes se consagraron a la tarea pastoral pueden violar tan alto ministerio (LP, 4/12/76).

Las construcciones de realidad de los discursos editoriales no dejaban de ser complejas, y también contradictorias; como puede constatarse frente a la controversia, mantenida en el último trimestre de 1976, por el uso de la llamada Biblia Latinoamericana de Ediciones Paulinas, calificada como «izquierdizante y subversiva», por una investigación de la Dirección General de Asuntos Policiales del Ministerio del Interior y puesta en la agenda pública unos días después por las revista *Gente* y *Para Ti* (Gociol & Invernizzi, 2002).

El *Herald*, paradójicamente, amonestaba al dispositivo represivo empleado contra la subversión, pero demandaba que fuera la misma institución eclesiástica la encargada de su propia «depuración» con la cooperación de aquellos a los que cuestionaba, es decir, que se autocensurara.

El ataque a la Biblia Latinoamericana fue transformado en asalto hacia la Iglesia argentina. [...] si como algunos obispos argumentan, la Biblia es subversiva, existía subversión en la Iglesia. [...] evidentemente, la Iglesia debe decidirse y mantenerse unida o perder toda credibilidad. Si existe una infiltración subversiva debe ser erradicada. Pero esta es tarea de la Iglesia misma, con la cooperación de las fuerzas de seguridad. Indudablemente, la subversión no será desterrada haciendo insinuaciones y cargos por medio de la prensa, porque esto sugiere que alguien está tratando de fabricar un caso contra la Iglesia (TBH, 1/11/76).

El matutino se alejaba de la polémica sobre el texto sagrado por considerarlo un emergente de la crisis que atravesaba la Iglesia. De este modo, continuaba dando entidad a la «defensiva conservadora», posicionamiento oficial de la institución adoptado en este periodo.

A diferencia de *La Prensa*, entendía que esa versión de la Biblia fue eficaz para propagandizar a la «izquierda» y, en consecuencia, para «subvertir mentes» de niños y de jóvenes:

constituye un intento torpe y desvergonzado de utilizar el ingenuo sentimiento religioso de muchos fieles para inculcarles una ideología marxista y revolucionaria, mediante notas, ilustraciones y tipografía calculadamente empleados para desnaturalizar el auténtico sentido del texto sagrado sin que aquéllos lo adviertan (LP, 2/11/76).

El matutino consideraba que los movimientos masivos eran pasibles de ser manipulados y dominados, y desestimaba la capacidad de discernimiento de los sectores populares.

Las discusiones producidas en el ámbito eclesiástico se definieron a fines de ese mismo año, cuando se expidió la Conferencia Episcopal Argentina, efectuando observaciones sobre algunos comentarios del texto sagrado, desaprobando varias fotos y dictaminando que se agregara un anexo aclaratorio. Esos debates no fueron incluidos en el espacio editorial pero sí las conclusiones. *La Prensa* hacía suyas las acusaciones oficiales, sin cuestionar la intromisión del Ministerio de Educación en asuntos dogmáticos, y advertía:

La Iglesia Católica, cuya creciente inclinación a intervenir en problemas políticos y sociales de nuestro tiempo constituye parte de la misión apostólica que se ha asignado, no podía, en consecuencia, eludir el influjo de tendencias e ideologías que impulsan la evolución de los pueblos (LP, 2/11/76).

Pero el matutino coincidió con el dictamen episcopal, ya que estaba en consonancia con sus principios:

La Conferencia Episcopal que antes mencionamos acaba de dar a publicidad un documento sobre este asunto de indudable trascendencia para los fieles. Después de recordar que incumbe a los obispos la obligación de conservar y de difundir la palabra de Dios y que su interpretación es derecho exclusivo del magisterio jerárquico, en el documento se expresa una condenación absoluta de la ideología y de la práctica del marxismo (LP, 2/11/76).

En este punto, resulta interesante resaltar que la coincidencia del diario con la declaración de la jerarquía, atribuyéndose ella el monopolio de la interpretación de la palabra de Dios, encontraba su correlato en la idea de república que sostenía el matutino; esto es, que pocos elegidos guían a una mayoría incapaz susceptible de ser engañada.

El *Herald*, en tanto, iba más allá, al efectuar una serie de declaraciones sorprendentes en las que demandaba la necesidad de que la Iglesia no se entrometiera en política: «[...] debería estar encima de toda propaganda política. El total de esta controversia nos da una lección objetiva aconsejando la separación de la Iglesia de la política» (TBH, 1/11/76); «[...] los sacerdotes que quieren consagrarse a la política debieran abandonar el hábito» (TBH, 28/12/76). El medio evidenciaba, de este modo, un escaso conocimiento acerca de la vinculación histórica de esta institución con el poder político en nuestro país y en Latinoamérica y de las transformaciones operadas en la institución en los años previos (Catoggio, 2016). En consecuencia, evaluaba:

La Biblia se convirtió en el punto focal de una calurosa controversia en la Argentina, en la cual la religión fue olvidada y la política empezó a tallar. En la Argentina pareció que los mismos obispos tomaban posiciones políticas, ya sea al apoyar o al atacar la Biblia (TBH, 21/3/77).

La Prensa, por el contrario, como protagonista centenario de nuestra historia, se atrevía a aseverar: «Nada hay más difícil en la práctica que separa la religión de la política, ya que la moral es parte esencial de las dos» (LP, 2/11/76).

El registro editorial de los matutinos daba cuenta, de este modo, de algunos de los conflictos que en esa primera etapa atravesó la Iglesia puertas adentro, alineándose a los discursos del sector más conservador y a sus objetivos.

LOS CUESTIONAMIENTOS DESDE LAS PÁGINAS EDITORIALES

Como mencionamos, ambos matutinos convenían en la crítica a los procedimientos empleados por las fuerzas de seguridad para quebrantar a la subversión en escuelas y en órdenes religiosas, no obstante entendían que había existido una infiltración de la «subversión» institucional. Por lo cual, en coincidencia con el sector conservador de la Iglesia, rechazaban de plano a lo que consideraban la causa de ese estado de cosas: el Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo.

Como expresara *La Prensa*, sin ambages:

La iglesia del tercer mundo [es] la que engendró, en nuestro país, un grupo clerical definido por su inclinación de avanzada izquierda y por tendencias que la ortodoxia católica ha rechazado siempre. Alguno de esos sacerdotes argentinos, que procuró retraerse de tan peligroso plano inclinado, fue acribillado por las armas de sus propios secuaces, los cuales no admiten arrepentimiento posible (LP, 8/5/81).

En cuanto a las diferencias, en el matutino angloparlante se observa una agenda un poco más amplia que incluyó otros eventos, pero con el mismo sentido negativo que su colega. Por caso, antes de concretarse el encuentro de Puebla, refería al de Medellín:¹⁵

La iglesia se encuentra enredada en falsas confrontaciones ideológicas [...]. Muchos de los problemas surgen de los slogans simplistas y de los rótulos engañosos que produjo la romántica atmósfera de Medellín. La expresión «tercer mundo» se puso de moda junto con las ideas emotivas pero intelectualmente insulsas acerca de la «teología de la liberación». Algunos sacerdotes, tan confundidos como los estudiantes de París en mayo de 1968, realizaron sus propias síntesis adolescentes, mezclando el socialismo y aún el maoísmo para crear sus personales religiones privada (TBH, 9/9/78).

Para Cox, la vinculación de algunos miembros de la Iglesia con grupos armados –pocos, aseguraba– desprestigió a toda la institución y dificultó su acercamiento a los pobres. De igual modo, no perdía la ocasión, como su colega, de efectuar un tiro por elevación contra el peronismo a través de críticos subjetivemas:

Las denuncias fáciles de eclesiásticos que se sienten apabullados por las condiciones miserables en que viven muchos de sus compatriotas, pero que no han dedicado pensamiento serio o riguroso alguno sobre porqué debe ocurrir esto y qué puede hacerse al respecto, no hacen más que contribuir a perpetuar la pobreza latinoamericana. Sus conclusiones superficiales encajan con las de aquellos del vasto ejército de populistas laicos y demagogos que preconizan remedios similares para males que aquejan a la región (TBH, 6/7/78).

El encuentro de Puebla, por supuesto, mereció también una reflexión coincidente con el posicionamiento político «moderado» adoptado por la Iglesia frente a la Dictadura, cuando el diario era uno de los que más fustigaba los dispositivos represivos del régimen.

La Iglesia de este país toma una posición no política, similar en muchas formas al papel de la aguerrida iglesia de los países comunistas, donde el acento se pone en los principios cristianos básicos. Desprovistas de una coloración política, las propuestas de los así llamados «moderados» son totalmente aceptables. En Puebla, como en la Argentina, los obispos sin duda condenan todas las violaciones de los derechos humanos, sin considerar el origen de la amenaza a la vida de las personas. También condenarán la violencia tanto de izquierda como de derecha y subrayarán el efecto civilizador del amor basado en la justicia y la fraternidad (TBH, 12/2/79).

Esa lógica negativa de ambos medios con respecto a los sectores radicalizados de la Iglesia, en sintonía con el discurso de la misma institución, explica sus cuestionamientos a un documento entregado por un grupo de sacerdotes, quienes realizaban su pastoral en barrios obreros de Capital Federal y de Gran Buenos, a la CUTA¹⁴ (aún no dividida) en el que se discutía la recién sancionada Ley de Asociaciones Profesionales.

La Prensa señalaba que estaba escrito con «tono incisivo y mordaz» y que no ponía en discusión la vigencia del sindicato único presente en la norma, sino que, por el contrario, hacía suyos los argumentos de la CUTA. Por supuesto, no ahorra críticas a esta declaración, desde recordar que la Comisión Permanente Episcopal era contraria a la imposibilidad de la libre agremiación (aunque luego terminó aceptando la ley) hasta una fuerte denuncia que efectuaba en la conclusión del editorial. Citaba una carta de uno de sus lectores, publicada unos días previos, en la que mencionaba la supuesta pertenencia tercermundista de estos hombres de la Iglesia y los vinculaba con grupos armados (LP, 8/4/80). La decisión de publicar la carta y de tomarla, luego, como principio de autoridad, cuando el diario rechazaba de plano el Estado de sitio y las detenciones sin denuncias ni pruebas de miles de detenidos, dan cuenta de la imposibilidad de determinar una línea editorial común a los medios, ya que la construcción de sentido sobre esa coyuntura es por demás compleja.

El *Herald*, en tanto, adoptó similar posicionamiento crítico frente a la declaración de los sacerdotes:

[...] exhibe clara hostilidad por la democracia del mundo occidental, porque se basa en la suposición de que los sindicatos son los representantes naturales de la clase trabajadora íntegra, y de que si se les debilita de alguna forma el trabajador quedará sin nadie que defienda sus intereses. Hay un fuerte resabio corporativista en esta idea, que los mismos sindicatos propagan con asiduidad [...]. No sorprende a nadie que los sacerdotes se opongan también a «la ideología liberal», gracioso eufemismo por «libre empresa» (TBH, 5/4/80).

Finalmente, en el marco de las contradicciones que presentaba, el *Herald*, que denunciaba abusos del terrorismo de Estado para sostener a Videla, con el argumento a su favor de la teoría de los dos demonios, interpelaba a las autoridades eclesiásticas y militares en una editorial publicada luego de las declaraciones del novel Papa Juan Pablo II acerca de la situación de los desaparecidos en la Argentina.

¿Acaso el Papa Juan Pablo II puede encajar en esa intencional caricatura de los hechos? El domingo el Papa exigió de manera absolutamente inequívoca que se haga algo para ayudar a los «desaparecidos» y a sus familiares en la Argentina. No habló en términos difusos que pudieran aludir a cualquier parte: mencionó, significativamente, a este país. Pidió solamente, ante 70.000 personas reunidas en la Plaza de San Pedro, que a aquellos a quienes se ha arrestado o hecho «desaparecer» en la Argentina sean tratados de acuerdo con la ley, con respeto «físico y moral» por sus personas, aunque ellos mismos hubieran sido acusados o hallados culpables de violar la ley.

También manifestó su total solidaridad con los familiares de los «desaparecidos» y oró porque su angustioso problema sea resuelto, no solo para bien de las familias involucradas, sino por el de toda la comunidad [...]. Para quien quiera proclamar que acepta la autoridad de la Iglesia, un ruego del Papa ha de ser el prólogo de una acción inmediata y definitiva. [...] todos aquellos que no estén alineados con las fuerzas del mal a las que el Papa presenta batalla deben de hacer cuanto puedan para procurar que la solución sea tan humana y eficaz como sea hacedero. Si así no lo hiciera el país sufrirá las consecuencias (TBH, 30/10/79).

Lo expuesto muestra que en estos primeros años las agendas de los medios jerarquizaron las mismas cuestiones que trataba de resolver la institución católica en su redefinición intrainstitucional y en su vínculo con la Dictadura; exponiendo una posicionamiento cercano al discurso público de la Institución. El rechazo por todas las formas de organización de movimientos cercanos a los sectores populares, en particular expresado en un antiperonismo acérrimo que justificaba la lógica de la «guerra sucia», quedaba expuesto en sus columnas y reforzaba en la opinión pública el imaginario de una Iglesia unida, tal como corrobora una editorial del *Herald*: «La declaración de los obispos es reconfortante porque demuestra que no hay sustancial división en la iglesia» (TBH, 21/11/78).

LOS MENSAJES DE LAS ASAMBLEAS EPISCOPALES

A partir de 1981, las notas editoriales publicadas por *La Prensa* que tenían como tema a la Iglesia reflexionaban, casi de manera excluyente, sobre los documentos o sobre las declaraciones de la Asamblea Episcopal Argentina a través de un estilo explicativo y apologético evidente en los subjetivismos empleados por los editorialistas (« justificada preocupación episcopal», «lúcida advertencia», «resulta saludable la recomendación», «no menos dignos de encomio son los conceptos»), que reforzaban el alejamiento que intentaba realizar la Iglesia del «Proceso».

Las escasas referencias al reclamo de los familiares de los desaparecidos, insoslayable luego de la visita de la CIDH, en 1979, y el informe lapidario que editara en 1980, más la presión exterior sobre el tema –incluida la condena efectuada desde el mismo Vaticano–, no tuvieron una presencia preponderante en las declaraciones y, mucho menos, en las notas editoriales. Y, cuando las refería, apelaba a la teoría de los dos demonios como argumento clave para sus cavilaciones inclusive cuando refería a la represión estatal.

Expresión de ponderación y de justicia es el párrafo en el que señala la preocupación por la situación de los familiares de los desaparecidos durante la «guerra sucia», así como también la causa por «los que siguen detenidos sin proceso o después de haber cumplido sus condena, a disposición indefinida del Poder Ejecutivo Nacional» (LP, 5/7/81).

En verdad, el diario daba cuenta del posicionamiento adoptado por la Iglesia en este período, abordado por Obregón (2005, 2007) y por Dri (2011), ya que coincidía con esas preocupaciones. Por lo tanto, hubo dos cuestiones que resultaban significativas: por un lado, fijar el rol que debían adoptar los partidos en la próxima etapa para evitar un nuevo advenimiento del peronismo y, por el otro, la necesidad de que se concretara la reconciliación nacional, es decir, olvido y perdón para las FF.AA.¹⁵ Estas problemáticas, a su vez, eran tratadas a partir de las declaraciones de los documentos oficiales de la Iglesia con las que coincidía el diario. Una particularidad es que instalaba en la opinión pública la sensación de que el clima social de la época estaba dominado por «la confusión y el desconcierto» (LP, 5/7/81), fácil caldo de cultivo para que se reiniciara la violencia que asoló al país.¹⁶

En oportunidades anteriores hemos sostenido, como principio rector de las agrupaciones cívicas, no sólo que su doctrina o sus plataformas –eventualmente soslayables– fueran opuestas a toda suerte de totalitarismo, sino que además ese rechazo se trasuntara en sus actos y decisiones. Los conceptos que hemos reseñado del documento episcopal, se acercan a estas ideas y de alguna manera imponen un freno a los posibles excesos que los partidos pudieran consumir, habida cuenta del monopolio que les está conferido para la postulación de los candidatos a los cargos políticos (LP, 20/8/82).

La posibilidad de que el peronismo volviera al poder era más que un desvelo tanto para los integristas como para el matutino, máxime cuando este consideraba que el «Proceso» no había cumplido con la tarea de «desperonización de la sociedad» (Díaz & Passaro, 2010) lo que lo había llevado a posicionarse como un opositor a la Dictadura, en particular, desde la gestión de Viola (Díaz & Passaro, 2005).

Por lo cual, la amenaza del regreso de la violencia fue uno de los argumentos presentados en los discursos de las altas jerarquías, ya que en su criterio el justicialismo era directamente responsable de la «guerra sucia». A punto tal que la Asamblea Plenaria Episcopal emitió un documento –«Principios de Orientación Cívica para los Cristianos»– que, no obstante estar dirigido esencialmente a los cristianos, el diario daba por hecho que sería aceptado por toda la opinión pública. Por ende, el periódico defendía la opción de la reconciliación propuesta por la Iglesia desde 1981 «para preservar el rol castrense en la institucionalidad futura» (Verbitsky, 2010: 279).

De las normas que la Iglesia acaba de impartir a la feligresía argentina queremos, en consecuencia, destacar aquellas que señalan que trabajar por la reconciliación y por la paz es un presupuesto necesario en la opción política de todos los argentinos. Requiere –dice– comprometerse seriamente en la búsqueda de la verdad, la justicia y el amor, como camino para superar los actuales conflictos de nuestra sociedad y cerrar las dolorosas secuelas de la «guerra sucia» y la corrupción¹⁷ (LP, 28/10/82).

El *Herald*, por el contrario, no abundó en notas editoriales referidas a los documentos de la jerarquía ni a otras problemáticas sobre este actor desde 1980. Quizás el cambio de criterio en la inclusión de temas en la agenda editorial pueda explicarse por el cambio en la dirección del periódico;¹⁸ o, quizás, por estar en desacuerdo con el argumento de la reconciliación propuesto por la Iglesia. En las escasas columnas publicadas, adoptó un posicionamiento más bien crítico, diferenciándose del otro «no socio». Por caso, en «Las palabras no bastan», nota editorial en la que refería a la preocupación manifestada por algunos sacerdotes ante las penurias padecidas por los desocupados, entendía que la sensibilidad social era positiva pero «sólo cuando la pobreza sea considerada como un problema más bien práctico que moral habrá alguna posibilidad de hacer algo por mitigarla», y sugería adoptar medidas más pragmáticas desde el púlpito, como «persuadir a los creyentes de fortuna a que tomen más al pie de la letra las enseñanzas sociales de la iglesia» (TBH, 10/10/81).

De igual modo, al analizar el documento episcopal de 1982 titulado «Camino a la conciliación», el diario advertía que «es condena elocuente del comportamiento de los individuos que han gobernado el país, sin otras limitaciones que las que ellos mismos resolvieron imponerse ya desde el golpe de marzo de 1976» (TBH, 18/8/82); además de subrayar el rol pasivo-conniviente de la institución con el mismo gobierno que ahora cuestionaba, contradiciendo lo aseverado por Cox en 1979.

El surgimiento de la Iglesia como fuerza política moderadora, dispuesta a condenar en lenguaje preciso y sencillo los actos de los gobernantes temporarios del país, es altamente positiva. Por desgracia, también está un poco retrasada. En tanto que en Chile y en Brasil la Iglesia jamás ha dejado a nadie en la duda acerca de su condena de los abusos de poder por los regímenes militares de esos países, y ha llegado a grandes extremos para ayudar a sus víctimas, en la Argentina la Iglesia ha evidenciado en tal sentido una predisposición mucho menor (TBH, 18/8/82).

El último editorial de este período adoptó un estilo sumamente crítico ante una acusación que efectuaron las Abuelas de Plaza de Mayo, quienes habían enviado una carta a la Asamblea Episcopal denunciando la apropiación de 14 niños y no habían recibido ninguna respuesta. El matutino introducía la nota sin mayores sutilezas y efectuaba una acusación que no había realizado unos años antes:

Lo que no era dable esperar fue la inclinación de algunos dignatarios eclesiásticos a cerrar los ojos ante algunas de las más terribles cosas que estaban ocurriendo o, por lo menos, a negarse a formular críticas en voz alta a fin de que todos pudiesen oír las (TBH, 21/10/82).

Razonaba que esa denuncia de las Abuelas era sumamente seria «porque si estuviese justificada –y es presumible que lo esté– [...] significaría que en este país la Iglesia, como institución, no ha hecho ninguna protesta pública importante contra lo que fue una de las más bárbaras agresiones cometidas» (TBH, 21/10/82). Culminaba señalando, en forma admonitoria, un imperativo que debía cumplir la Iglesia y que aún en la actualidad está pendiente:

Pero aunque la Conferencia Episcopal planteó en muchas oportunidades la cuestión de los derechos humanos, evidentemente no prestó suficiente atención a la particular tragedia de los niños secuestrados. Muchos de los adultos «desaparecidos» tal vez hayan muerto, como sostienen tantas personas, algunas que defienden el «Proceso» y otras que se le oponen. Pero las criaturas no pueden haber muerto, no pueden haber sido asesinadas, porque es imposible creer que haya habido tanta intensa maldad de corazón en el «Proceso». Deben ser devueltas a sus familiares sobrevivientes, no

importa cuántos años hayan transcurrido, y es indudablemente el deber de la Iglesia, el defensor más coherente y franco de la familia en el mundo de hoy, exigir pública y perentoriamente, y en términos inequívocos, que se lo haga sin mayor demora (TBH, 21/10/82).

De este modo, el *Herald* se distanciaba del posicionamiento eclesiástico oficial en esta última etapa que atravesaba la Iglesia en su relación con la Dictadura.

UNA VOZ UNÁNIME

Ambos periódicos construyeron en su espacio editorial un sentido de unanimidad en la Iglesia con diferencias visibles. Mientras que en una primera etapa *La Prensa* cuestionó a los sectores más progresistas, en la última incluyó solo los documentos y las declaraciones de miembros de la Asamblea Episcopal, sin espacio para otras reflexiones que dieran cuenta de una posible divergencia dentro del cuerpo sacerdotal. En los primeros años, el *Herald* también criticó la politización de un sector del cuerpo eclesiástico, aunque al hacerse evidente el plan del terrorismo de Estado optó por dar visibilidad a las consecuencias; por caso, a través de la reflexión sobre las apropiaciones de niños.

No obstante, los argumentos no dieron cuenta de la fractura que existía dentro de la institución católica, sentido reforzado a través de una metáfora frecuente, «la voz», y de conceptos relacionados con esa noción. En el caso del *Herald*: «El Vaticano ha lanzado una “voz de preocupación”» (21/3/77), «la voz de la iglesia establecida» (13/10/79), «formular críticas en voz alta» (21/10/82); en el caso de *La Prensa*: «la voz de la iglesia» (20/8/82), «intercambio solidario por la palabra» (22/4/77), «la capacitación y la palabra» (10/10/77), «la sinceridad de la palabra» (20/11/81). La voz se vincula, necesariamente, con la palabra y esta resulta equiparable al que tiene el poder, ya que históricamente preponderaron las versiones de los vencedores de la historia. El Estado moderno implementó dispositivos censorios para controlar la producción y la circulación de la palabra, ya que es la que da sentido al mundo; por lo cual, pensamos que el uso de esa metáfora reforzaba el sentido de autoridad indiscutida que ha tenido la Iglesia, en la Argentina y en América, desde la época colonial en el imaginario social.

Si consideramos, además, las características del temario que impuso la agenda editorial de los «no socios» y el modo de construcción de esos relatos, podemos concluir que reforzaron la idea de una opinión pública opuesta a todas las formas de compromiso, de participación y de reconocimiento de los sectores populares, en lo político, en lo social y en lo religioso, que construyeron fuertes redes e identidades sociales, destruidas por el terrorismo y cuestionadas por los medios como responsables de la violencia padecida, a través del cuestionamiento al tercer mundismo y a la opción preferencial por los pobres y del reforzamiento del argumento de existencia de una guerra sucia, en coincidencia con el discurso conservador predominante en la Iglesia.

Desde 1981, *La Prensa* hizo suyo el llamado que efectuaba la institución a la reconciliación con el fin de evitar el juzgamiento de los militares, dando por sentado que este era, además, el posicionamiento de la opinión pública. En contra de esta opción, el *Herald*, recién en esta última instancia, denunció la connivencia de la jerarquía católica con la Dictadura al no levantar su voz contra las desapariciones, las muertes y la apropiación de niños, contrario a la línea editorial adoptada en torno a esta problemática desde 1976.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BARROS, Mercedes María (2009). «El silencio bajo la última Dictadura militar en la Argentina». *Pensamiento Plural* (N.º 5), pp. 79-101.

BORRAT, Héctor (1989). *El periódico, actor político*. Barcelona: Gili.

CATOGGIO, María Soledad (2016). *Los desaparecidos de la Iglesia. El clero contestatario frente a la dictadura*. Buenos Aires: Siglo XXI.

COX, David (2002). *En honor a la verdad*. Buenos Aires: Colihue.

COX, David (2010). *Guerra sucia, secretos sucios*. Buenos Aires: Sudamericana.

DÍAZ, César (2010). *Nos/otros y la violencia política*. La Plata: Al Margen.

DÍAZ, César (2011). «La Nación y Clarín frente a la violencia política 1976-1980. Dos casos de periodismo hermesiano». En Saborido, Jorge; Borrelli, Marcelo (comp). *Voces y silencios: la prensa argentina y la dictadura militar (1976-1983)* (pp. 153-183). Buenos Aires: Eudeba.

DÍAZ, César; PASSARO, María Marta (2005). «La Prensa y el agotamiento del Proceso». *X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*. Rosario.

DÍAZ, César; PASSARO, María Marta (2010). «La construcción de la alteridad en los enunciados de La Prensa (1974-1982)». En Díaz, César. *Nos/otros y la violencia política* (pp. 139-194). La Plata: Al Margen.

DÍAZ, César; GIMÉNEZ, Mario; PASSARO, María Marta (2012a). «Las claves de la transición democrática en los editoriales del Herald 1982-1983». *Actas del XIV Congreso Redcom*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

DÍAZ, César; GIMÉNEZ, Mario; PASSARO, María Marta (2012b). «Una lucha incesante: el *Herald* contra el Estado terrorista». *Actas de las VII Jornadas de Sociología*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.

DRI, Rubén (2011). *La hegemonía de los cruzados*. Buenos Aires: Biblos.

FONTCUBERTA, Mar de; BORRAT, Héctor (2006). *Periódicos: sistemas complejos, narradores en interacción*. Buenos Aires: La Crujía.

GOCIOI, Judith; INVERNIZZI, Hernán (2002). *Un golpe a los libros*. Buenos Aires: Eudeba.

KIMEL, Eduardo (2010). *La masacre de San Patricio*. Buenos Aires: La Página.

LAKOFF, George; JOHNSON, Mark (2001). *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra.

NOELLE-NEUMANN, Elisabeth (1998). «La espiral del silencio. Una teoría de la opinión». En Ferry, Jean Marc y otros. *El nuevo espacio de lo público* (pp. 200-209). Barcelona: Gedisa.

FERRY, Jean Marc (1993). «La espiral del silencio. La opinión pública y los efectos de los medios de comunicación», pp. 9-28. *Comunicación y sociedad*, VI (1 y 2). Navarra.

OBREGÓN, Martín (2005). «La Iglesia argentina durante el “Proceso” (1976-1983)». *Prismas. Revista de historia intelectual* (N.º 9), pp. 259-270. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

RODRIGO ALSINA, Miquel (1991). *Los medios de comunicación ante el terrorismo*. Barcelona: Icaria.

THOMPSON, John (1998). *Los media y la modernidad*. Barcelona: Paidós.

VERBITSKY, Horacio (2010). *La mano izquierda de Dios. La última dictadura (1976-1983)*. Tomo IV. Buenos Aires: Sudamericana.

REFERENCIA ELECTRÓNICA

OBREGÓN, Martín (2007). «La Iglesia argentina durante la última Dictadura militar. El terror desplegado sobre el campo católico (1976-1983)». En Pérotin-Dumon, Anne (dir.). *Historizar el pasado vivo en América Latina* [en línea]. Recuperado de <http://etica.uahurtado.cl/historiza-relpasadovivo/es_contenido.php>.

NOTAS

1 Calificamos como «socios» a los medios que conformaron junto con el Estado Nacional la empresa Papel Prensa S.A. (*Clarín*, *La Nación* y *La Razón*), concretada en 1977 a través de una fraudulenta operación. La condición de «no socios» involucra a los excluidos de esa condición.

2 Su propuesta difiere de la periodización elaborada por el teólogo y filósofo Rubén Dri (2011: 41-90), quien participó en el Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo, y reconoce cuatro etapas: 1976-1978 (hegemonía de los cruzados, de apoyo y de colaboración con el régimen), 1979 (transición), 1980-1982 (diálogo y reconciliación), 1983 (olvido y perdón).

3 Ley promulgada el 22 de septiembre de 1983 por los militares que participaron del autodenominado Proceso de Reorganización Nacional, quienes, ante la posibilidad de ser enjuiciados por el gobierno electo a través del sufragio universal, luego de levantar la veda política y de llamar a elecciones, procuraron dictar una amnistía sobre sí mismos por las violaciones a los DD.HH.

4 «El silencio se convirtió en la actitud general y legítima a asumirse. Toda desviación de aquel mandato era sistemáticamente condenada y censurada no sólo por las autoridades oficiales sino también por los otros ciudadanos, por los miembros de las familias, y por los amigos y los compañeros de trabajo» (Barros, 2009: 84).

5 El 4 de julio de 1976, en la Iglesia de San Patricio, se produjo el asesinato de cinco monjes de la comunidad de los palotinos irlandeses a manos de las fuerzas del terrorismo de Estado (Kimel, 2010).

6 Miquel Rodrigo Alsina (1991) reconoce diversos tipos de discursos para construir la noticia sobre el terrorismo: el militar, el patológico, el jurídico y el político.

7 Se refería al secuestro del exsenador radical Hipólito Solari Yrigoyen y del diputado Mario Amaya; al asesinato del General Omar Actis (RET), a cargo del comité organizador del Mundial 1978; al asesinato en Córdoba de dirigentes de la Fiat; y al hallazgo de 30 cuerpos dinamitados en Pilar, todos editorializados por el matutino.

8 «No es imposible que los tres clérigos y los dos seminaristas que fueron vilmente asesinados en la parroquia de San Patricio en Belgrano fueran víctimas de una campaña de libelo que algún grupo extremista tomó en serio» (TBH, 28/12/76).

9 «Las fuerzas de seguridad realizaron el operativo con camiones, “jeeps”, carros de asalto, vehículos celulares y patrulleros, aislaron seis manzanas comprendidas por las calles Pueyrredón, Juncal, Azcuénaga y Arenales. Grupos de soldados se apostaron en las terrazas de edificios y un helicóptero prestó ayuda evolucionando sobre el lugar. Se controló el ingreso y la salida de personas en la zona bloqueada, así como de moradores en edificios de las calles Berutti y Larrea, incluyendo el colegio parroquial San Miguel» (LP, 4/12/76).

10 María Soledad Catoggio plantea que para definir la «condición subversiva» se produjo un «proceso de inflación semántica que incluía desde la imputación de pautas morales reprochables hasta el contacto directo con organizaciones armadas» (2016: 123).

11 Solo durante abril de 1977 habían detenido al mismo Cox (quien fue liberado), a Jacobo Timerman (quien fue secuestrado y estuvo detenido hasta 1979, luego de ser expulsado sin sus bienes y sin la ciudadanía argentina) y a Enrique Jara, además de haber desaparecido a Edgardo Sajón, entre muchos otros.

12 Hebe de Bonafini es inflexible en su posición: «Cox hablaba bien de las Madres, pero estaba de acuerdo con que mataran a nuestros hijos. ¡Estaba de acuerdo con el plan económico de Martínez de Hoz! ¿Cómo nos podemos olvidar de eso? De las Madres decía bellezas. Pero, caramba, el plan de Martínez de Hoz fue el que hizo posible los secuestros, la tortura y la muerte. ¿Cómo podemos homenajear a un periodista de esa calaña?», en alusión al reconocimiento que le ofreció a Cox la Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires en 2005 (Díaz, 2010: 385).

13 La II Conferencia Episcopal Latinoamericana, realizada en 1968 en Colombia (Medellín), y la III, concretada en 1979 en México (Puebla), proponían como centro de la preocupación pastoral la opción preferencial por los pobres denunciando la injusticia social a la que estaban expuestos los pueblos de América.

14 Luego del Golpe, el sindicalismo se reorganizó en torno a dos posiciones frente a la Dictadura: un sector «confrontacionista», llamado, primero, «los 25» y, luego, CUTA y CGT-Brasil; y un sector «dialoguista», conocido, al principio, como CNT y, luego, como CGT-Azopardo.

15 Ley 22.924, conocida como Ley de Autoamnistía, sancionada el 23/3/1983.

16 El *Herald*, en los editoriales referidos a los partidos políticos, también construyó sentido en relación con el temor y con la posibilidad de retornar al caos; máxime si triunfaba el justicialismo en las elecciones de 1983 (Díaz, Giménez & Passaro, 2012a).

17 La exhortación final del documento a la reconciliación está precedida por la lúcida advertencia de que Jesucristo no reconcilió al mundo sino pasando por el misterio del sufrimiento y de la muerte. «En el caso de los argentinos –dice– no sucederá tampoco sin que abracemos, con fervor, el cultivo de las virtudes personales y sociales, con todo lo que implica de renuncia y de sacrificio, erradicado los correspondientes vicios» (LP, 20/11/81).

18 Recuérdese que Cox debió abandonar el país en diciembre de 1979 ante las amenazas que recibía, junto con su familia, por parte de las FF.AA. Le sucedió en el cargo James Neilson.